

Despidiendo A Godoy

Por JUAN RUBEN VALENZUELA

A no mucha distancia cronológica del Día del Escritor (28 de diciembre) se nos fue el notable novelista, cuentista y estilista Juan Godoy. Si bien la muerte ya no estremece a nadie, pues todos, cuál más cuál menos, nos estamos acostumbrando a sus alevés golpes, la noticia de su deceso no dejó de conmoverme. Con Godoy nos unía un afecto generacional que se traducía en fortuitos encuentros. Hoy, que están a buen recaudo sus despojos mortales en el panteón de los literatos, sin embargo yo lo tengo al alcance en un plúteo selector. "Angurrientos" y "Cifra Solitaria", a mi juicio dos maravillas del maestro manejo del idioma hispano, me traerán su espíritu en el momento que yo lo precise. Los buenos escritores, a semejanza de los dioses, son inmortales. Juan Godoy supo calar hondo, con su pluma, en nuestra literatura. Su trascendencia me la enseñó el liceo, el favor lector y... Mariano Latorre.

De acuerdo a lo temporal, apenas una década a mi favor nos apartaba en el calendario. Bien pude, pues, ser su alumno a los quince o a los dieciocho. El escritor, según los huidizos datos que tengo de su persona, a temprana edad se incorporó al magisterio como profesor de castellano. Desgraciadamente no me correspondió ser su discípulo en el sentido estricto de la palabra; pero sí lo fui en las frías aulas donde comentábamos sus libros.

Yo tengo muchos hechos que contar de Juan Godoy, de su azarosa vida. Tendría sí,

para hacerlo, que volver a las tabernas solitarias que frecuenté en mi mocedad, cuando buscaba reales personajes con una pertinacia de bisoño plumario. Cuando descubrí la voz tremebunda de Godoy fue recientemente, en la SECH, hace de lo que digo veinte años o más.

¿Dónde estaba yo entonces y dónde estaba Juan Godoy? Inescrutables son los designios de los hados. Creo que muchos años estuve en maceración, siempre soñando en llegar algún día a manejar regularmente la péñola. Juan Godoy, fiel a la secreta voz de su destino, ya era un gran señor de las letras y del cual recibía lejanos resplandores. Sus barrios y sus recios personajes estimulaban mis andanzas callejeras. A lo mejor, alguna vez, hasta debo de haber cruzado delante de esa quinta recoletana donde Godoy realizaba encendidas tertulias literarias.

En este preciso momento, 12 horas del día 7 de enero de 1981, ya habrán cesado para el cuerpo del escritor los póstumos trajines. Yo no pude asistir a su sepelio por culpa de un maldito despertador que no sonó a tiempo. No voy a cometer la hipocresía de decir que estoy llorando a mares. Prefiero, si es que Juan Godoy puede oírme desde el otro lado, decirle: "Hasta luego, mi buen amigo, noble literato; ya nos veremos en esa región etérea hasta donde no nos perseguirán los heraldos negros, que abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte".